

RESEÑAS

Blanca Solares, *Imaginarios órficos de la naturaleza* (Ciudad de México: UNAM, 2024), 255 pp.

RECEPCIÓN: 5 de marzo de 2025.

APROBACIÓN: 14 de abril de 2025.

DOI: 10.5347/01856383.0155.000316709

¿Es posible hallar en la tradición occidental un modo alternativo a la actitud prometeica hoy predominante? El presente libro responde de forma rotunda: sí. La alternativa es una actitud órfica hacia la naturaleza. Si bien es innecesario describir en qué consiste la actitud prometeica, pues estamos más que familiarizados con el afán de controlar, explotar y hacer producir a la naturaleza, no sucede lo mismo con la alternativa. Este trabajo, fruto del proyecto *Imaginarios de la Naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis ecológica* de la UNAM y continuación, en cierto modo, de *Imaginarios de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis ecológica*, de 2021, se dedica justamente a estudiar e, indirectamente, rescatar, el modo de vivir y morir de los órficos.

En *El velo de Isis. Ensayo sobre la historia de la idea de Naturaleza*, Pierre Hadot defiende que la verdadera filosofía no gira en torno a la construcción de sistemas abstractos de pensamiento, sino que es una manera de cobrar “conciencia viva, de pertenecer a esa gran cadena del ser que nos hace solidarios con las piedras, los árboles, los animales, los hombres y los astros” (22). Hadot se inspiró en el libro *Nietzsche. Essai de mythologie*, de Ernst Bertram, y cuyo método consistía en estudiar las “imágenes primordiales” que estructuraron el pensamiento de Nietzsche, en lugar de en los conceptos abstractos (24). Este modo de proceder es un precedente de la “mitodología” de Gilbert Durand, a quien Solares ha dado a conocer en México como pocos. Para cambiar el modelo extractivista de relacionarnos con la naturaleza debemos cambiar antes nuestro modo de acercarnos a ella, es decir, nuestro modo de conocerla.

El libro se divide en cuatro partes, en cada una hay un protagonista: Pitágoras, Platón, Goethe y Orfeo. En el primer capítulo, se repasan las ideas

principales del que es considerado padre de Occidente en numerosos ámbitos (matemáticas, filosofía, musicología, etc.). Pitágoras recordaba sus anteriores vidas, las propiedades místicas de los números, la relación entre planetas y notas musicales, y defendía que para percibir tales verdades no era suficiente el estudio. Debía ser complementado con la iniciación: prescripciones alimenticias, códigos de vestimenta, ayunos, adormidera y mucho silencio. Plotino dijo que “cuando el cuerpo no está constituido debidamente, para que el alma realice la acción que le solicita, es como cuando la lira no está debidamente afinada para recibir el tono exacto de la melodía” (56). Cuerpo y alma deben entrenarse a la par, y “afinarse” en sí mismos, entre sí y con la melodía silente que gobierna el cosmos. Los dos conceptos primordiales que Pitágoras nos legó hoy están infravalorados: la escucha y la armonía. ¿Pero acaso es posible oír sin escuchar?

En la segunda parte, Solares se pregunta cómo Platón puede contribuir a una sociedad más sostenible, y para responder estudia especialmente el *Timeo*, diálogo venerado por estoicos, epicúreos y sabios árabes y cristianos (62). El modo de acceder a la esencia del mundo es la *noesis*, es decir, la intuición o percepción originaria, la facultad que nos permite “ver” los *archai*. Allan Watts decía que cada civilización tiene una gran metáfora que la sustenta. En la India, la realidad es una obra de teatro, en la cual guionista, público, actores y escenario son, en el fondo, lo mismo, la divinidad; en consecuencia, la misión de budistas, jainistas e hinduistas es despertar y darse cuenta de que todo es uno y de que “Tú eres Eso”. En China, el universo es concebido como un gran organismo, en donde todo está interconectado; la misión del sabio es encontrar el equilibrio, y por ello Oriente ha desarrollado disciplinas que lo procuran, como la acupuntura, el *feng shui* o el *tai chí chuan*. En Occidente, la gran metáfora es la del artesano. Según el *Génesis*, Dios creó el mundo, y luego al hombre del barro; por tanto, la misión de los seres humanos es imitarlo, es decir, “hacer” nuestro mundo a partir de la tierra. Esta es la imagen del mundo prometeico fomentada por el sistema capitalista. Sin embargo, el gran artesano del *Timeo* no trabaja exclusivamente con la materia, como subraya Solares. Antes de crear el universo pleno de cuerpos vivientes, el artífice creó el alma (82). ¡No podemos olvidar esto! Además, la palabra *physis*, que se traduce por naturaleza o esencia (según el contexto), connota la idea de “brotar”, de lo cual se infiere que lo natural es esencial y cambiante, y lo esencial es el cambio y la naturaleza. “Heráclito llamaba ‘artesano’ o ‘artista’ al mismo fuego primordial y, según los médicos de tradición hipocrática, el arte consistía en

dejar que el poder curativo de la naturaleza se ejerciera sin obstáculos” (84). Leída así, la metáfora del artesano occidental no está nada lejos del *tao* oriental, y nos impele a una misión diferente a la prometeica: a que, en la construcción del mundo, nos dejemos guiar por las esencias-naturalezas de las cosas.

De los 133 volúmenes que reúnen la obra de Goethe, muchos tratan de entender la vida, compuesta de seriedad y juego (el sabio es quien se mueve entre ambos (94)). En *Metamorfosis de las plantas*, Goethe defiende que “todas las manifestaciones botánicas no son más que la *metamorfosis* de un órgano único y fundamental, la ‘hoja’” (102). Para observar estas metamorfosis no es suficiente la vista, necesitamos una superintuición: “Dices que en un Dios solo se puede creer; yo, por mi parte, doy gran importancia al intuir” (115). Así, “hacer teoría es poder acercarse a la *visión de Dios*” (111), es decir, la teoría eficiente es la que cambia nuestra forma de contemplar. Es más importante sentir la naturaleza que someterla a nuestra razón. Puesto que todo lo que ha de tomar vida está *a cubierto*, envuelto en el velo de Isis, se trata de buscar interiormente la conexión con esos “arquetipos dinámicos” y suprasensibles (144), que son la esencia de la naturaleza. Además, Goethe reconoce dos grandes ruedas motrices de la naturaleza, a las que llama gradación (intensificación) y polaridad, análogas al aspirar-expirar, contraer-expandir o *solve et coagula* de los alquimistas (105).

Concluye este estudio con la figura de Orfeo y su recepción. El gran músico fue a los infiernos y regresó. Los iniciados en los misterios órficos emulaban este viaje de ultratumba, que de haberse dado en América calificaríamos de “chamánico”, y para ello tomaban como mapa las descripciones del poeta. A lo largo del Mediterráneo se han hallado diversas laminillas de oro que conservan la fórmula órfica esencial: “Soy hijo de la tierra y del cielo estrellado. Dadme de beber el agua fresca de la laguna de la Memoria”. La fórmula no solo nos recuerda nuestro verdadero linaje, sino también el método para la liberación: beber memoria. Hay que saber vivir la vida como un “héroe que recuerda” (222), “a la manera de un viajero que conoce y guarda memoria de su ruta” (211), la gran ruta hacia las estrellas de la que todas las tradiciones hablan: “Me he transformado en el cuerpo del dios. [...] Mis humores son la tempestad del cielo, mi sudor es la cólera del alba [...] estoy destinado a este lugar de eternidad”, dicen los *Textos de los sarcófagos* (212). Decía Rilke: “La naturaleza, plenamente a la escucha, solo se agitaba cuando Orfeo cantaba”. El mago encantaba a animales, árboles, plantas, piedras y humanos porque en todos ellos reconocía almas. A ellas les cantaba. Y a ellas encantaba. Orfeo era capaz de entonar el *canto que escucha*.

RESEÑAS

Este libro es también escucha activa de silentes mensajes camuflados en el corpus occidental —y desvelados por pensadores como Zambrano, Hadot o Pavese—. Solo hay una manera de saber qué es un hombre: “Descendiendo al infierno” (239). Solo así se puede entender el fundamento de la realidad, y que tan bien resumió el orfismo: vida, muerte y renacimiento. Boccaccio dijo que Orfeo bajó a los infiernos como “lo había hecho todo hombre sabio alguna vez” (240). Análogamente, toda tradición debe descender a su pasado para rescatar de él lo más valioso. Occidente ha hablado tanto que, ensordecido de razones y conceptos, no escucha las notas esenciales. Se trata de rescatarlas para rescatarnos. De volver a oír el martillo del herrero que, en la fragua y con Pitágoras, desveló la armonía de las esferas. De afinarnos con nuestra madre tierra. Ese es, acaso, el mensaje principal de Blanca Solares en este libro.

JAVIER MARTÍNEZ VILLARROYA
Departamento Académico de Lenguas, ITAM